

Caminos de Tulum

a Juan Pablo Echagüe

Caminos de Tulum, alas del valle
egológico y tranquilo;
caminos de Tulum, bajo la luna,
hontanares del sueño y del olvido.

Caminos enroscados a los cerros
entre vertiginosos laberintos,
por donde el soplo varonil del Zonda
quema las castas flores de los quiscos,
enciende de fragor las hondonadas,
descoyunta los árboles altivos
y aventa la sonora primavera
por sobre el horizonte sensitivo.

Caminos de Pachaco y Calingasta,
hermanos de las nubes y del río;
caminos de Barreal, mansos de cielo,
senda de Ansilta, ansiosa de infinito:
itinerarios de solaz sereno
donde la tarde se diluye en trino.

Cuestas de Villicum y Talacasto,
murientes de horizontes fugitivos,
caminos del bucólico Tudcum,
solitario, romántico y sencillo;
serranías fragantes de Angualasto,
ideales en el verso y el suspiro.

Caminos extenuados de cansancio
en los llanos de Jáchal, mortecinos;
inquietantes senderos de Paslián
horadando los cerros y los siglos;
rumbos a Huaco, Mogna y Tucunuco
en la inmensa distancia repartidos.

Huellas a Valle Fértil mal trenzadas
entre las leguas lentas del camino:
Usno, Astica, Chucuma, Las Tumanas,
en el amplio resol adormecidos.

Senderos de Pocito, pedregosos,
los del Médano de Oro, siempre umbríos;
y los de Pedernal, llenos de aurora;
y los de Huanacache, anochecidos.

Huellas de Angaco, siempre polvorosas;
industriosos caminos de Albardón
con sus pardos burritos
cargados de flojera y de inocencia
en cuyas ancas aletean los niños
bajo el incendio manso de la tarde.

Caminos de Cauçete, vigorosos;
caminos de los Berros, cristalinos;
sendas claras de Ullum, donde se alcanza
la fuerza imponderable del idilio.

Caminos de esta tierra y de mi vida
y de mi corazón, que va contigo;
frágil rumbo del hombre y de la estrella,
claras rutas del pájaro encendido,
musicales senderos de las aguas
en el hondo milagro de los ríos.